

adaptada al servicio humano; ese ardor expansivo y ascendente que circula en todo el cuerpo social; esa actividad universal é incesante, é incesantemente fecunda, que pone todas las cosas en movimiento y en obra, á beneficio de todos. Nunca el hombre habia marchado tan rápidamente en la conquista y el dominio del mundo; jamas, en su calidad y con sus fuerzas de hombre, habia ejercido tanto imperio sobre la naturaleza y sobre la sociedad.

“Sé que hay muchos males, peligros, extravíos y errores, y sin embargo, no son estos los síntomas de la decadencia; hay tambien grandeza y porvenir.

“Con ese gran hecho, con ese inmenso crecimiento de poder y de ambicion de la humanidad, es con quienes habrán de entenderse en lo de adelante los gobiernos civil y cristiano. Cuando con la ayuda de Dios y de los sucesos hayan reducido al hombre al respeto de las leyes eternas que tan locamente ha desconocido, cuando hayan señalado los límites de su poder y dispersado los humos de su orgullo, el hombre quedará aún poderoso, altivo, poseido del sentimiento de su fuerza y deseoso de los derechos que han escitado su ambicion. Allí donde está la fuerza, allí van, por armonía natural y con cierta medida, el poder y la libertad. ¿Cual será esta medida? ¿Qué parte de influencia tendrán los hombres y cada hombre en los destinos públicos y en los suyos propios? Tal es el problema, que puede resolverse y no debiera eludirse. A consecuencia de los trabajos y progresos de la humanidad, el espíritu de libertad ha entrado en las sociedades humanas, y es preciso que se le retenga en su lugar, de donde no lo espulsarán.

“Los gobiernos civiles lo sienten, y obran en consecuencia. Hallo que se hace demasiada injusticia á los gobiernos de nuestra época; pues no es cierto que sean

indiferentes al bien y al progreso de los pueblos, ni que aspiran á la inmovilidad y á la tiranía. Sin duda no les han de faltar pasiones personales y viejos errores; pero á todos, sean cuales fueren sus formas, y por prudencia ó por deber, les preocupa sériamente la necesidad de respetar los derechos y de mejorar la condicion de los hombres; añadiéndose á esto que los mas rebeldes á las apariencias liberales, hacen todos los dias, en sus leyes y en sus prácticas, multitud de cambios favorables á la justicia y á la libertad.

“Añadiré que los gobiernos europeos, no obstante el gran número de tempestades que les ha caido encima, de sesenta años á la fecha, se han conducido á la larga con notablé moderacion. Insultada incesantemente su dignidad y atacada su existencia, no se han entregado ni durante el combate ni despues de la victoria, á esos extravíos de razon y de poder que por tanto tiempo han llenado páginas en la historia del mundo. Podrá alegarse que no siempre han sido previsores ni hábiles en sus actos de resistencia ó de concesion al espíritu nuevo; mas no hay derecho para decir que hayan sido sus adversarios intratables. En esta lucha terrible de nuestra época entre los gobiernos y las revoluciones, no será ciertamente á los gobiernos á quienes la historia deberá imputar el mas insolente desprecio de la justicia y de la libertad; y si el espíritu de revolucion fuese tan moderado en sus pretensiones y en sus actos como se han mostrado los gobiernos en disposicion de serlo para con el espíritu de progreso, el gran problema de la conciliacion del orden con la libertad, se hallaria en la sociedad civil muy próximo á ser resuelto.

“El gobierno de la sociedad religiosa, y para hablar con mas precision y franqueza, la Iglesia católica, tiene un problema análogo que resolver; problema cuya resolucion urge tanto mas cuanto que observando bien

el estado de los espíritus, es en el orden religioso donde la idea de la libertad ha echado hoy sus mas fuertes y poderosas raices. Los derechos de la conciencia ante Dios parecen y son en efecto muy superiores á los del pensamiento ante los hombres. Si hay en la vida del alma una parte en que la intervencion de la fuerza sea mas inícu y mas odiosa, es evidentemente en la relacion del alma con su criador y su juez, y cuando se trata de buscar para ella la eternidad y la salvacion. Este es por otra parte un sentimiento que todos hemos experimentado, un principio al que todos hemos rendido homenaje; cristianos ó filósofos, catolicos ó protestantes, todos hemos tenido, en medio de las naciones mas civilizadas, necesidad de invocar la libertad religiosa. Este grito es entre todos los de la libertad el que con mas seguridad despierta en los corazones la idea de un derecho sagrado, y del hecho necesario que escita la susceptibilidad mas viva y la mas general simpatía.

“Profeso á la Iglesia católica el mas profundo respeto; porque ha sido muchos siglos la Iglesia cristiana de Europa; porque es la gran Iglesia cristiana de la Francia. Miro su dignidad, su libertad, su autoridad moral como esenciales á la suerte de toda la cristiandad; y si creyese que la Iglesia católica no puede, sin abjurar de sí misma, aceptar en el Estado el principio de la libertad religiosa, me callaria, porque detesto la hipocrecia y la sutileza. Pero no hay nada de eso; y si la Iglesia católica mantiene plenamente sus principios fundamentales, su inspiracion permanente, su infalibilidad doctrinal, su unidad; si por sus leyes y disciplina interiores prohíbe á sus fieles todo lo que podria atentar contra aquello, ese es su derecho como es su fé. Que solo y al mismo tiempo admita plenamente, no la separacion de la Iglesia y del Estado, espediente grosero que á entrambos rebaja y debilita, bajo el pretexto de

hacer independientes al uno de la otra, sino tambien la separacion del orden espiritual del temporal, del estado religioso y el civil, y la ilegitimidad de toda intervencion de la fuerza en el orden espiritual, aun cuando sea en servicio de la verdad; que por consiguiente acepte la libertad religiosa como una ley, no de la sociedad religiosa, sino de la política; como un derecho, no del cristiano, sino del ciudadano; al punto la pretendida incompatibilidad entra en la sociedad moderna, y la Iglesia católica desaparece; el problema de la paz entra en la sociedad civil, y la sociedad religiosa se disuelve.

“La Iglesia católica puede observar esta conducta; porque todo lo que la constítuye religiosamente, todo su orden espiritual queda así intacto é independiente. Y si de este modo se conduce, si al mismo tiempo que mantiene firmemente sus principios y sus derechos como sociedad religiosa acepta sinceramente los principios de nuestro orden político, y la libertad religiosa que de él forma parte, no solo fundará la paz entre sí y la sociedad civil, sino que se asegurará gran fuerza y gran porvenir. El cristianismo tiene muchas conquistas que hacer y que rehacer. Para el restablecimiento del orden social y para la salvacion moral de las almas preciso es que vuelva á ganar mucho terreno. Ignórase con qué rapidez terminarian ante él los obstáculos y las resistencias; si desaparecieran los errores de la intolerancia antigua, y si, de parte de la misma Iglesia católica se contaba con el respeto de la libertad religiosa.

“Quiero ir mas lejos y someter á los cristianos otra consideracion.

“Hay entre los cristianos una fé comun, sea cual fuere la Iglesia á que pertenezcan: creen en la revelacion divina contenida en los Evangelios y en Jesucristo, venido á la tierra para salvar al mundo.

“En cualquiera de sus Iglesias hay hoy para todos

los cristianos una causa comun: tienen que defender la fé y la ley cristianas contra la impiedad y la anarquía.

“Esta fé y esta necesidad comunes á todos los cristianos, se hallan muy fuera del alcance de los disenti- mientos que los dividen.

“¿Será que deban á cualquier precio dejar á un lado sus disensos, y en nombre de su fé comun y de su peli- gro comun acudir á la fusion para no formar mas que una sola y misma Iglesia?

No lo creo así. El restablecimiento de la unidad en el seno del cristianismo por la reunion de todas las Igle- sias cristianas, es el voto y el trabajo de los mas gran- des talentos católicos y protestantes. Bossuet y Leib- nitz lo han intentado. Hoy aun preocupa esa idea á algunas bellas almas. Algunos piadosos obispos me lo han asegurado con una confianza que me honra. Yo respeto ese deseo simpático; mas no creo posible su rea- lizacion. En el órden temporal y entre intereses hu- manos la fusion, por muy difícil que sea, nunca es im- posible; porque los intereses pueden transigir bajo el imperio y á nombre de la necesidad; pero en el órden natural y entre creencias religiosas no hay transaccion posible; porque la necesidad nunca puede llegar á ser la verdad. La fé no admite la fusion; solo exige la unidad.

“Pero donde no existe la unidad de la Iglesia, cuan- do no es posible la fusion de las diversas Iglesias y cuando reina la libertad religiosa, hay lugar para el buen sentido práctico y para la caridad cristiana. El buen sentido dice á los cristianos que todos se hallan frente á un mismo enemigo, muchas veces mas peligro- so para ellos, que serlo pueden los unos para con los otros; porque si triunfase, á todos los dañaria con el mismo golpe. En las regiones elevadas la guerra con- tra la religion no se manifiesta mas que por medio de

un escepticismo ó un racionalismo reservado, tímido, muchas veces sério y honrado, y que mas bien trata de ocultarse que de revelarse; pero en el fondo de la socie- dad y en las masas la impiedad apasionada es la que fermenta y la que para vencer se pone al servicio de los mas groseros y ardientes intereses. La fé cristiana en su carácter esencial y vital; es decir, la fé y la su- mision al órden sobrenatural cristiano, es la sola que puede sostener ese gran combate. Convénzanse los cristianos ya sean católicos ó protestantes: lo que el protestantismo perdiese en crédito y en imperio en las sociedades protestantes, no lo ganaria por cierto el pro- testantismo ó el catolicismo, sino la impiedad. Es pues un interés evidente y un deber imperioso de los cristia- nos, cualesquiera que sean sus disidencias en la esfera cristiana, aceptarse y sostenerse mutuamente, como alia- dos naturales, contra la impiedad anticristiana. No será exceso si emplean todas sus fuerzas reunidas para triunfar al fin en esta guerra y salvar al mismo tiempo al cristianismo y á la sociedad.

“Lo que el interés aconseja á los cristianos la caridad cristiana se lo prescribe. Yo empleo sin vacilación las palabras sencillas que espresan con verdad las ideas y los sentimientos á que me dirijo, y aun en medio de esa frialdad de los corazones, que es una de las mas tristes enfermedades de mi tiempo, no siento el menor emba- razo en hablar de caridad cristiana á los cristianos.

“Cuando las luchas religiosas son la pasion activa y el gran asunto práctico de una época: cuando chocan las diversas creencias y manejan no solo las armas es- pirituales, sino tambien las temporales, con la esperan- za de subyugarse y aun de estirparse mutuamente, comprendo que sea difícil la caridad cristiana; porque tiene tentaciones demasiado fuertes, é intereses dema- siado penosos que sobrellevar. El canciller de Lhospiti-

tal y el presidente de Thou, que aconsejaban la paz á los católicos y á los protestantes, no podían pensar en hablarles de caridad la víspera ó el día despues de una degollacion ó de una batalla.

“Pero cuando cesa toda la lucha material, cuando se establece la libertad religiosa en las costumbres y en las leyes, cuando en hecho y en derecho las diversas creencias tienen que vivir en paz y unidas: ¿por qué no sentirán el deseo de embellecer y fecundar la paz por la caridad? ¿Por qué cuando las pasiones duras son impotentes no se desarrollan sentimientos mas equitativos y mas dulces? Yo sé el poder de las tradiciones, de los recuerdos y tambien de las disidencias permanentes que sostienen la polémica, aun cuando no pase de ser puramente especulativa. Sin embargo, la paz y la libertad prolongadas tienen gran imperio para dulcificar las almas, de lo cual hoy mismo tenemos á la vista un ejemplo palpitante; pues no vacilaré en repetir lo que dije en la Sociedad bíblica: “Ved lo que pasa en Inglaterra, donde sin duda es muy viva la irritacion protestante, donde hay un movimiento muy general y apasionado á favor de una fé popular y poderosa. El mismo gobierno se asocia á ese movimiento y lo sigue. El protestantismo inglés no puede ocultar su deseo de buscar su seguridad y su satisfaccion á espensas de la libertad religiosa de los católicos. ¿Pues bien! lo que sobre este punto aparentan hacer, no lo hacen realmente; no se atreven ni pueden, y en el fondo del corazón no lo quieren. En medio de esta efervescencia protestante, la libertad religiosa de los católicos ingleses persiste y se desarrolla; pues tienen la libertad de su culto; sus iglesias están abiertas y aun se multiplican, y sus sacerdotes ejercen sin la menor traba sus funciones. En cuanto á la libertad de sus discursos y de sus votos en el parlamento, sostienen allí altamente su causa; y en

cuanto á la libertad de su prensa, defienden públicamente sus creencias y sus actos.” Espectáculo admirable que despues de haber llenado de inquietud á los amigos de la libertad religiosa, de llenarlos de seguridad; reapareció el espíritu de persecucion, el espíritu de libertad y de justicia lo miró frente á frente y no obstante las apariencias, quedóse dueño y señor del terreno. Reconózcanlo al fin los cristianos católicos y los cristianos protestantes, les ha de ser mas natural de lo que piensan vivir con relaciones de caridad cristiana; porque han perdido la costumbre y hasta la posibilidad de oprimirse eficazmente.

“Algunas palabras mas, y habré dicho todo mi pensamiento. En un régimen de libertad religiosa bien establecida y bien aceptada, no solo pueden vivir en paz y en buenas relaciones las diversas comuniones cristianas, sino tambien contribuir por su coexistencia pacífica á su mútua prosperidad religiosa. ¿Cuál ha sido una de las mas gloriosas y piadosas épocas del catolicismo en Francia? Fué sin duda el siglo diez y siete. El catolicismo francés vivia entonces en presencia del protestantismo aun tolerado, y del jansenismo que se hallaba en todo su esplendor. ¿Qué causa impidió á la Iglesia anglicana caer en la apatía que mas de una vez la ha amenazado? La vecindad de las sectas disidentes semilibres que la han tenido siempre en alarma y obligada á salir de su desmayo. No hay establecimiento ni poder que no esté obligado á esforzarse por conservar su rango: bueno es vencer, pero no esterminar á sus rivales. En el órden espiritual como en el temporal, el laborioso régimen de la libertad tiene por todo el mundo sus justas recompensas; al mismo tiempo que asegura á los débiles su derecho, regenera incesantemente á los vencedores.

“Sin duda el catolicismo reposa sobre el principio de la autoridad; pero sin salirse de esta base puede admitir y ha admitido varias veces en el curso de sus destinos, grados de libertad muy diversos. Del oncenno al catorceno siglo, al mismo tiempo que la Iglesia católica era para la sociedad civil una gran escuela de autoridad, era por sí misma, y en su propio seno, un gran teatro de libertad; porque en sus concilios, en sus congregaciones, en sus correspondencias esparcidas entre los fieles, sus gefes mantenian incesantemente abierta y animada la discusion. No es de mi incumbencia examinar si nuestros tiempos aconsejan ó toleran el retorno de tales medios de gobierno, y estoy mas inclinado á dudarle que á pretenderlo; pero hay un hecho moral que llama mi atencion y que merece toda la del clero católico. La disposicion de espíritu y de corazon de los fieles, cuyo gobierno le está conferido religiosamente, no es siempre la misma; así es que ni la misma medida ni la misma calidad de alimento, si es permitido decirlo así, bastan en todos tiempos para las almas cristianas. Despues de la caida del imperio romano, cuando el clero católico tuvo por mision convertir á los bárbaros y hacer penetrar algun orden moral entre esos groseros vencedores y en las poblaciones miserables que les estaban subyugadas, solo por medio del ejercicio firme y brillante de la autoridad religiosa podian los sacerdotes llenar su objeto; porque habia en el pueblo cristiano muchas pasiones grandes ó pequeñas que reprimir, y pocas necesidades intelectuales que satisfacer; porque era preciso conmover y dominar las imaginaciones, mas bien que alimentar y dirigir la actividad de los espíritus. Los tiempos y los hombres han cambiado mucho; pero los espíritus son ahora activos, variados, curiosos, ávidos, y la vida espiritual de los fieles cristianos, de los

mas fieles como de los que mas vacilan, es infinitamente mas animada hoy que antes lo era, por lo cual es necesario emplear con almas así dispuestas un régimen moral que sea tambien mas animado, y que, arreglándolas, dé á su actividad propia é íntima mas estensa medida de satisfaccion. Conviccion profunda es en mí, no temo decirlo, y libre de segunda intencion y de mala voluntad, la de que en lo de adelante la Iglesia católica, sin perder nada de su autoridad, habrá menester, para el gobierno de las almas, de admitir por parte de los fieles mas movimiento intelectual y espontáneo que el exigido en otros tiempos, y aun pienso que una vez que la Iglesia católica haya reconocido ese nuevo estado moral de la sociedad cristiana, sabrá proveer á las necesidades.

“En una obra reciente, (1) un extranjero ilustre, el Sr. Donoso Cortés, ocupándose de mí á dicho: “Mr. Guizot en su *Historia de la civilizacion europea*, incurre en el error de emprender la imposible tarea de explicar las cosas visibles por las cosas visibles, las naturales por las naturales, lo cual es tan supérfluo como explicar un hecho por sí mismo, una cosa por sí misma, puesto que todas las cosas visibles y naturales, siendo tales, son una sola y misma cosa.” Espero que el Sr. Donoso Cortés no creerá que yo pienso de ese modo, sino que lejos de detenerme satisfecho en las cosas visibles y naturales, creo en el orden sobrenatural y en su necesidad para explicar y gobernar al mundo. Los filósofos, por su parte, reconocerán, á lo que pienso, que si rechazo su doctrina no les niego su derecho; y no digo esto para reclamar el frívolo honor de sostener á la vez dos gran-

[1] “Ensayo sobre el Catolicismo, el Liberalismo y el Socialismo,” por Donoso Cortés, marqués de Valdegamas; págs. 99—105.

des causas, sino para afirmar una doble verdad hija de toda mi convicción y que obtiene toda mi deferencia: esta verdad es la fé cristiana y la libertad religiosa, á cuyo precio se compra la salvacion de los pueblos."

Val-Richer, Setiembre de 1851.

"GUIZOT."



CAPITULO II.

ANALISIS DEL ESCRITO DE MR. GUIZOT.

Por medio de esta llamada elocuente á todas las comuniones cristianas para invitarlas á unirse, si no en la verdad al menos en la ficcion de la verdad, háse dado Mr. Guizot el honor de una generosa tentativa, dejándonos la responsabilidad del resultado. Esta responsabilidad es la que nos obliga á esplicarnos, y vamos á hacerlo con la sinceridad de un cristiano y la autoridad de un católico, sin olvidar que, elevado Mr. Guizot sobre nosotros por la gloria de sus años, el respeto de nuestras intenciones no debe ser igual á la libertad de nuestro lenguaje; y sí se guardará esta de ir mas lejos que la exigencia de la verdad.

Con tales disposiciones entraremos en la apreciacion de su escrito.

Sin duda que es admirable el talento de Mr. Guizot; pero lo es mas aún su honradez en el error; honradez tal que, á pesar de ese magnífico talento, hace que le falte una cualidad esencial: la claridad.

Mr. Guizot podria poseer en mas alto grado esa claridad que es patrimonio del espíritu francés, y le daria los medios de lograrlo su talento tan elevado, tan flexible, tan rico; pero se le oponen dos cosas: su error y su honradez, su fé y su buena fé.

Su fé protestante le estorba ponerse claramente en la verdad, y su buena fé le impide estar claramente en el error. Retenido por esta y atraído por aquella, pasando y volviendo á pasar de una á otra, entre las dos, por